

SOBREABUNDÓ EN EXCESO LA GRACIA (Rom 5,20)

“Le dio como cabeza del universo”

¡Jesús, Cristo, Señor! ¡El Hijo del Amor, el Amado, el Amor mismo!
Misericordia grande, inmensa, incontable, incontenible, desbordante.
Fidelidad grande, incondicional, interminable, indefectible, desbordante.

Desmedida Gracia, aparecida corporalmente en este barro enamorado,
en esta carne nuestra apasionadamente amada, no tanto todavía como la amas Tú.
carne casi infinita y delicadamente frágil, ardientemente empeñada en vivir
y cada día encaminada a la senda de la muerte, hermana inesperada.

Absoluta Gracia, abajada y crucificada, enaltecida y compartida
cuerpo roto y sangre vertida que ven estos ojos y palpan estas manos.
Derroche en la amenazadora escasez, plenitud en el vacío interminable.

Entera novedad en esta nada última, increíble, de la que fuimos capaces.
Plenitud del inmenso Padre, que desborda toda su plenitud de gloria
Con el aliento del Espíritu de su Hijo, fuego y viento para la travesía.

Aleluya. Amén. Aleluya.

“A la Iglesia que es su cuerpo”

Tú, la libertad, identificada con la figura de nuestra servidumbre.
Allí donde abundó la esclavitud, sobreabundó y sobreabundará
tu libre libertad.

Tú, la fraternidad misma, enclavada en el madero de nuestra enemistad.
Allí donde abundó el odio, allí mismo sobreabundó y sobreabundará
tu misericordiosa fraternidad.

Tú, la alegría misma, angustiada en la noche de nuestra tristeza.
Allí donde abundó la amargura, allí mismo sobreabundó y sobreabundará
tu jubilosa alegría.

Eres Tú, la libre libertad, quien abraza, sobrepasa y sobrecoge
todas la servidumbres de tu cuerpo misterioso.
Eres Tú, la misericordiosa fraternidad, quien entraña, recrea y expropia
todos los sufrimientos de tu esposa amada.
Eres Tú, la jubilosa alegría, quien inunda, desborda y arrastra
todos los desencantos de la escondida plenitud.

Aleluya. Amén, Aleluya.

“La plenitud del que lleva el universo a plenitud”

Y así, en la vasija de barro de tu Iglesia, cuerpo, esposa y plenitud

Tú, la entera liberación que conviertes el lugar del universo,
ahora embellecida pirámide de hierro,
en tienda de campaña para el éxodo nuevo.

Tú, la definitiva reconciliación que conviertes el hogar del universo,
ahora trinchera reforzada,
en mesa común para la mesa que recrea y enamora.

Tú, la glorificada alegría que conviertes la ardiente oscuridad del universo,
ahora condenada a hundirse en el desierto,
en canto de alborada.

Tú, el derroche que desbordas ahora la gracia inesperada
cuando la ocultada excusa nos condenaba a acoplarnos en el mercado,
encadenados por el miedo.

Tú, la plenitud que alumbras el manantial inagotable,
cuando el vacío aplazado con el juego anticipaba en el corazón
el estremecimiento de la muerte.

Tú, la novedad que inauguras de nuevo hoy entre tus pobres la inédita aventura,
cuando esta nada del mundo a punto de ser planificada,
apenas ya conservaba el asombro del amor para la aurora amaneciente.

Aleluya. Amén Aleluya.

“Estad siempre alegres en el Señor. Os lo repito: estad siempre alegres... El Señor está cerca”

En la unidad del Espíritu Santo, el mismo en ti y en nosotros.

Tú, nuestra única suficiencia

Tú, nuestra entera bienaventuranza.

Tú, el aliento y la senda para atreverse al enloquecido seguimiento.

Tú, entonces, la alabanza incesante en nuestro barro quebradizo,
en liturgia convertido.

Aleluya. Amén. Aleluya.

Marcelino Legido López